



Excmo. Ayuntamiento de Benalmádena
Delegación de Cultura y Educación

IGNACIO LÓPEZ SORIANO

Cita a las nueve



Arroyo de la Miel

Sig.: BEN 82-3 SOR cit

Tit.: Cita a las nueve

Aut.: López Soriano, Ignacio

Cód.: 9556893 R.24623 FL



BEN
82-3
SOR
cit

VIII CERTAMEN LITERARIO DE BENALMÁDENA

“VIGÍA DE LA COSTA”

Primer Premio

2004

"Cita a las nueve"

Ignacio López Soriano

R 24523

Reservados todos los derechos. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida, almacenada en un sistema de informática o transmitida de cualquier forma o por cualquier método, electrónico, mecánico, fotocopia, grabaciones u otros medios sin previo y expreso permiso del propietario del Copyright.

1ª Edición: 14 de ABRIL de 2005
Impreso en: Gráficas Campos, S.A.

Prólogo del relato 'Cita a las nueve'

La afición por la literatura, por la buena literatura, es una constante en la vida de Ignacio López Soriano que se plasma en sus relatos. Unos relatos, como el que nos ocupa, muy bien estructurados, argumentados y de sólida base narrativa. *Cita a las nueve* es una obra corta, pero intensa, que no deja indiferente al lector y, además, muy bien escrita. Ignacio López maneja con habilidad los hilos creativos. Y, lo que es más importante, en su forma de contar predomina el argumento sobre los recursos estilísticos. Dicho de otra manera: la trama no está condicionada por modismos tan al uso en algunos autores, que consideran que por escribir de forma compleja y difícil de entender hacen mejor literatura, cuando lo más valioso y difícil de lograr es la sencillez narrativa.

Ignacio López Soriano ha creado un relato donde se entremezclan diversos elementos que hacen más amena la historia. Y como base de fondo; recorriendo todo el relato, dándole un poso de profundidad, *el Quijote*. El lector encontrará en este cuento una serie de referencias a la magna obra de Cervantes que demuestran y confirman que lo escrito hace cuatrocientos años por Miguel de Cervantes sigue vigente, no ha perdido actualidad. *Cita a las nueve* entretiene y, a la vez, forma, que es algo que debe valorarse.

El autor, maestro de profesión, elige como protagonista de su relato a un joven docente que llega destinado a un pequeño pueblo con muy poca ropa en sus maletas y muchos libros. Cargado de ilusión, se encuentra con un peculiar personaje que no sólo lee el *Quijote*, sino que repite de memoria párrafos del inmortal libro cervantino. No es misión de un prologuista destripar el argumento de la obra que comenta. Así que no voy a entrar en la trama. Eso lo dejo para el lector, que a buen seguro saboreará con esmero, paladeará con deleite las páginas que encontrará a continuación.

El comienzo de *Cita a las nueve* está magníficamente recreado. Se utiliza un lenguaje que recuerda al de Cervantes, pero sin caer

en la pedantería de querer imitar al ilustre escritor. No. Ignacio López Soriano lo hace con naturalidad, sin alardes ni artificios estilísticos innecesarios. La prosa elegida en el brillante inicio es muy acertada porque sirve para poner en situación al lector de la historia que viene seguidamente. Se nota que Ignacio López es un escritor de fondo, de los que gustan de poner el estilo al servicio de la narración y no la narración supeditada al estilo. De todas formas, en *Cita a las nueve*, prosa y argumento rezuman calidad, que es lo mejor que se puede decir de un relato o de cualquier obra de ficción.

«Un andaluz nacido en Alcalá de Henares». Así se define Ignacio López Soriano. Su madre se quedó embarazada en Santistebán del Puerto (Jaén) y dio a luz en Alcalá de Henares (Madrid). Esa circunstancia le ha marcado para bien en su vida profesional y literaria.

Lector voraz y escritor de pulso firme, el autor de *Cita a las nueve* ha ganado con total merecimiento este certamen literario de Benalmádena. Su relato nos muestra, por un lado, la ternura y la sencillez de un entrañable personaje, el barrendero del pueblo, y, por otra, la vileza de las fuerzas vivas del lugar. En medio, el joven maestro, que es el hilo conductor de la historia y el encargado de contarla. Una historia que les invito a leer con atención, porque disfrutarán con ella. Y disfrutar con un relato es la clave para augurar su éxito.

Ángel Escalera

Desocupado lector:

Perdona mi atrevimiento de comenzar de “aquesta guisa” sin ser mi pluma cervantina ni mi entendimiento tan lúcido como el del manco alcaláino, mas rueda por mi cabeza desde hace años la historia de un soñador que en don Alonso Quijano tuvo su luz y guía y en las aventuras del ingenioso hidalgo el espejo donde reflejar las tuyas, que aunque algún necio pudiera confundir con cosas de pasatiempo y poco mérito, parécenme de escaso desperdicio para mostrar a las gentes de nuestro tiempo la vileza del hombre cuando de la inocencia se burla, la perversidad de la inhumana caterva de apaleadores de sueños que nunca podrán encontrar belleza en la hermosa locura de amar sin pedir nada a cambio, de entregar el corazón sin esperar recompensa.

La historia que bulle por mi sangre, que ahora se troca en tinta para hilvanar palabras, sucedió hace algo más de cuarenta años y, aunque el arado del tiempo va trazando surcos de olvido, sigue hoy tan fresca en mi memoria como en aquellos lejanos días y quiero compartirla contigo antes de que la inexorable decrepitud agoste el venero de los recuerdos y esta fábula sin moraleja se pierda bajo la tierra que pronto abrazará mis huesos.

Aquí te entrego, querido lector, mi relato. No temas que te columnien si mal hablas de él, ni esperes recompensa si bueno te pareciera, mas pregónalo, si así te place, entre aquellos que el ejemplo aprovechar pudieran.

* * * * *

Un viento frío anunciaba el invierno la tarde que llegué a Santigal. El hábil conductor, que había dibujado con su volante cada una de las curvas del tortuoso sendero que nos llevó hasta el pueblo serrano, trepó por la escalerilla trasera del "Pegaso" rojo y, con la sencilla pericia que da la costumbre, aflojó correas en el portaequipajes, tomó un par de maletas y, sin que yo supiera cómo, las dejó a mis pies en un santiamén.

- ¡Buena suerte, maestro! – se despidió mientras, de un salto, volvía al asiento en el que las horas de trabajo habían esculpido su huella.

- ¡Gracias, muchas gracias!... ¡Buen viaje! – acerté a contestar sin saber si aquel hombre había adivinado mi oficio.

El viejo motor volvió a entonar su cansado quejido y, dejando un rastro de humo, se alejó.

Ante mí quedó la cal de las paredes desconocidas, el marrón negruzco de los tejados sobre las casas bajas, el irregular empedrado que abría calles a modo de varillas de abanico desde aquella plazuela que contemplaba la cinta gris de la carretera como una herida de modernidad... y el par de maletas donde traía mis pocas ropas y mis muchos libros. Santigal me recibía con su silencio.

Desorientado, giré la mirada en distintos ángulos buscando una señal de vida. Entonces lo encontré.

Vestía un blusón azul sobre pantalones oscuros. En su cabeza una gorra gris y en sus manos una escoba de rama que parecía usar a modo de pincel para lustrar con una pátina de pulcritud cada piedra de la calleja. En la carretilla de mano, un recogedor de madera y un cubo que iba llenando con las hojas que, caídas de sus ramas, deambulaban buscando horizontes con el soplo de la tarde.

Tomé las maletas y me dirigí hacia él. Contemplé en el trayecto el mimo que ponía en su trabajo. Me pareció un arqueólogo limpiando con delicadeza y precisión las teselas de un antiguo mosaico enterrado. A veces, volvía sobre sus pasos en pos de alguna hoja que un viento travieso jugaba a esconder tras sus espaldas. Sólo cuando estuve a escasos metros de él pareció reparar en mí. Colocó el escobón en la carretilla y, quitándose la gorra, adelantó su saludo.

- ¡Buenas tardes, maestro!

- ¡Buenas tardes! – contesté y, por segunda vez en la tarde, volví a preguntarme dónde llevaba la etiqueta de mi profesión y el garfio de la interrogación debió dibujarse en mi rostro porque, a renglón seguido, añadió el buen hombre:

- No se extrañe. Aquí todos nos conocemos... ¡y hasta los forasteros que vienen de Pascuas a Ramos tienen su retrato en la memoria! Usted es nuevo por aquí. Se le ve joven y educado. Trae bultos como para quedarse entre nosotros más de dos días... y estamos esperando a un maestro desde que el pobre don Ramón, que en gloria esté...

Ante tan sutil razonamiento sólo pude objetar que, siendo su edad bastante mayor que la mía, podía prescindir del tratamiento de cortesía.

- "*Llaneza, muchacho, no te encumbres, que toda afectación es mala*" recomendó Quijote a Sancho, pero no son sus años los que merecen mi respeto sino sus conocimientos.

La respuesta me dejó perplejo. En una época en la que el

analfabetismo era una plaga, encontrar a un barrendero que citara a Cervantes suponía un lujo cultural impropio de un pueblo de serranía como Santigal.

Como el asombro me dejó en grave estado de inmovilidad transitoria, fue aquel hombre pequeño y con algún kilo de más en la cintura quien tomó por mí las decisiones pertinentes.

- Debe usted ir a presentarse al alcalde. Ahora estará en la rebotica con el boticario, el cura y el cabo de la Guardia Civil "arreglando España".

Y sin que yo tuviera tiempo de abrir la boca, cargó las maletas en su carretilla y, con paso firme, enfiló una empinada cuesta.

Más pronto que tarde, la calle se abrió a una plaza rectangular. Al frente, la iglesia con su campanario de piedra; a la izquierda, la casa consistorial luciendo en su balcón tres mástiles sin bandera; a la derecha, haciendo esquina, la farmacia.

- ¡Ahí deben de estar! – señaló con la mirada.

Y mientras dejaba las maletas en el suelo me preguntó:

- Habrá leído usted el "*Quijote*", ¿verdad?

- ¡Por supuesto!

- ¡Ya lo sabía! Lo supe nada más verlo.

Haciéndome un gesto para que recompusiera mi atuendo después del largo viaje, añadió:

- "*No andes, Sancho, desceñido y flojo, que el vestido descompuesto da indicios de ánimo desmalazado*".

Se despidió con una sonrisa y viéndole alejarse descubrí la hidalguía del caballero andante en un cuerpo de escudero.

*

El sonido de la campanilla sacó de la trastienda a un mancebo de mediana edad que en sus ojeras parecía cargar con las enfermedades de medio pueblo. Le informé del motivo de mi visita. Entonces, con una amabilidad que rozaba la adulación, me hizo llegar hasta el cuarto donde, entre frascos de cerámica con nombres

en latín, alrededor de una mesa de camilla estaban sentados los contertulios descritos por el barrendero.

Hechas las presentaciones y contestadas las preguntas de rutina, quise elogiar la figura de quien me había llevado hasta ellos. Como eco, mis palabras recibieron una sonora carcajada.

- ¡Ay, hijo! – dijo el cura haciendo girar su dedo índice en la sien. ¡Ese hombre no anda demasiado bien de la cabeza!

- No me lo pareció, incluso...

- Incluso le citó a Cervantes, ¿verdad? – interrumpió el boticario.

Mientras asentía con la cabeza, terció el guardia:

- Maestro, no se fíe de las apariencias. Toda la gente del pueblo lo sabe: el “*Quijote*” es el único libro que ha leído en su vida.

- ¡Y ni siquiera se lo sabe entero! – concluyó el alcalde entre cómicas risotadas.

Semejante afirmación me hizo comprender, al instante, que el lugar de don Ramón en aquella tertulia, si es que lo tuvo, iba a quedar vacante.

- Tal vez – continuó el boticario riendo sus propias gracias – del poco dormir y del mucho leer y pensar se le secó el cerebro y, rematado ya su juicio, vino a hacerse caballero andante, convirtió su escobón en Rocinante y buscó su propia Dulcinea para agasajarla con su pasión.

La carcajada volvió a resonar al unísono.

Como vieran que no me sumaba al coro de las risas, tornaron sus chanzas en consejo:

- Vaya esta noche al café “Castillo” a eso de las nueve y descubrirá quién es Pepe “*Cagandando*”.

(“*Cagandando*”, luego lo supe, era el mote con el que un sacristán analfabeto, haciendo de cura, “bautizó” a José Fernández el primer día que salió a la calle con su escoba de rama. “*Deja atrás más mierda de la que se lleva. Parece que caga andando*”... y la noticia del apodo corrió como reguero de pólvora. ¡Qué despiadada es la crueldad de los necios!).



Pasé el resto de la tarde colocando mis escasas pertenencias en la "casa del maestro", una mínima vivienda de paredes desconchadas por la humedad en la que el frío, colándose por las rendijas de puertas y ventanas, había implantado su gélido reino.

Con papeles y trapos anduve buscándole remedio a lo imposible y, cuando vine a caer en la cuenta, eran más de las diez. La visita al café "Castillo" quedó aplazada para el día siguiente.

Anticipé mi llegada casi en media hora. El local era amplio, con veladores de mármol que se diseminaban sin un orden concreto. Sobre ellos, lejos del café del rótulo, que tal vez a otras horas llenara de aromas el salón, se multiplicaban los vasos de vino peleón y los platillos con avellanas cordobesas y garbanzos tostados. En algunos, pequeños montones de "Celtas" y "Peninsulares" eran objeto de apuestas en jaleadas partidas de tute o de brisca. Pero si algo destacaba, por lo inusual, era el aparato de televisión sobre una repisa en la pared del fondo. Aquel invento era el responsable del bullicio que a esas horas tenía el local. Los hombres, con la excusa de "ver el parte", abandonaban los hogares y aprovechaban para "remojar el gaznate", echar una partida o lo que fuera menester.

A las nueve menos diez entró Pepe, aunque tuve que fijar bien los ojos para encontrar al barrendero bajo el sobado traje marrón que vestía. Entre miradas, codazos y risitas de los parroquianos, avanzó hacia el velador más próximo al aparato que, entonces me percaté, estaba vacío y con una sola silla que ocupó con parsimonia.

No reparó en mi presencia. Sí lo hizo el tabernero que, sabiéndome nuevo en la plaza, pareció gozar con el cuchicheo confidencial.

- Ese es Pepe "Cagandando", el barrendero. No se extrañe al verlo así vestido. Al hombre le falta algún tornillo y, mire usted por dónde, le ha dado por enamorarse de María del Puig, la presentadora del parte. Aquí creemos que él piensa que la mujer, desde la tele, sólo habla para él, sólo lo mira a él... ¡y hasta lo ve

desde Madrid!, por eso se pone su mejor ropa. Ya verá usted como se embelesa ese "mozo viejo" en cuanto aparezca su cara en la pantalla.

No hice comentarios. Ya había encontrado la Dulcinea de nuestro caballero; un caballero que, sin duda, no tenía mayor ceguera que cualquier otro enamorado.

Los días que siguieron completaron la información. Pepe, que sólo de tarde en tarde visitaba los bares, se hizo asiduo del café "Castillo" cuando puso el televisor. Pronto dejó de interesarse por otra cosa que no fueran las noticias de las nueve y, no mucho más tarde, quedó su corazón rendido ante la presentadora de cara pálida y voz dulce.

Nunca emprendió aventura para acercarse a ella, pero el boticario, que tenía fama de socarrón, aprovechó la presencia de su hijo en "los Madriles" para urdir la más despiadada de las mofas. Con la ayuda de cuatro bufones malintencionados hicieron creer a Pepe que habían conseguido la dirección de María y lo animaron a declararle su amor por correo. Tanto le calentaron los cascos al bueno del barrendero que acabó redactando una correcta y respetuosa misiva de toma de contacto, letras que llegaron a la rebotica donde, con sorna, se escribió una contestación que, vía Madrid, llegó a manos de Pepe dándole a entender que disponía de licencia para expresar sus más íntimos sentimientos. Se entabló así una prolífica correspondencia para emoción y desvelo del cándido barrendero y para befa y escarnio de su figura entre los paisanos de la peor calaña. Incluso, en su candor, llegó a enviarle a "María" cajas de mantecados y participaciones de lotería al llegar la Navidad.

¿Cómo poner fin a aquella patética situación? ¿Cómo contar la verdad a Pepe sin herir su alma?

Mientras fraguaba las imposibles respuestas, fui haciéndome el encontradizo para compartir con él minutos, palabras, emociones... para ser su compañero... para hacerme su amigo, aunque nunca

logré que dijera mi nombre sin anteponerle el “don” ni cambiara el “usted” por un “tú” más próximo y cordial.

Sin embargo, su grado de afecto hacia mí lo notaba crecer día a día y quedó de manifiesto la tarde que, abriendo de par en par su corazón, me confesó:

- No es la belleza de María la que me ciega, no es su voz la que me enamora... Desde la primera vez que la vi me sentí seducido por su cultura, por su lucidez... Mucho ha de saber quien de lejanos países habla, quien de reyes y ministros conoce... Mucha fuerza ha de tener quien, cruzando las barreras de ser mujer, da su palabra y su imagen para que unos la elogien y otros la critiquen.

Sé que me escribe por no hacerme daño. ¿Qué iba a encontrar ella en mí que otros más cercanos y sabios no puedan ofrecerle? Sé que no es a mí a quien habla, sé que no es a mí a quien mira, pero me gusta imaginar que es cierto... y esa felicidad nadie puede robármela, ni siquiera los que de mí se burlan. Pero no merece la pena mostrarles su error, ya lo decía don Miguel: *“Es querer atar las lenguas de los maledicentes lo mismo que querer poner puertas al campo”*.

No tardará mucho María en distanciar sus cartas con excusas de trabajo hasta llegar el día en que olvide a este barrendero. Será para mí triste, pero *“no se hicieron las tristezas para las bestias, sino para los hombres”*. Entonces, sólo me quedará aferrarme a la vieja sentencia cervantina: *“No hay recuerdo que el tiempo no borre ni pena que la muerte no acabe”*.

Corrí a la rebotica y, haciendo ver que se había llegado demasiado lejos con la inhumana broma, obligué a poner en práctica el plan que el mismo Pepe nos ofreció como salida. Mis enfrentamientos con el boticario y sus secuaces, entre los que se contaban el cabo y el alcalde, aunque se resolvieron de manera favorable a mis propósitos, me impidieron seguir en la escuela de Santigal una vez terminado el curso.

Por sus cartas supe que “María”, poco a poco, dejó de escribir,

pero él no abandonó su velador del café “Castillo”, nunca olvidó su cita a las nueve. Sólo la sustitución de la imagen amada de su Dulcinea por otra cara más joven lo acabó postrando en su casa en interminables noches de melancolía.

Por la ausencia de sus letras supe que, un mal día de febrero, José Fernández murió siendo para muchos en su pueblo sólo Pepe “*Cagando*”, el barrendero... ¡el loco!

* * * * *

Y hoy yo me pregunto ¿era él el loco?... ¿o locos eran los que, en su sinrazón, no supieron ver la locura del amor más puro? ¿Puedes decírmelo tú?



pero él no abandonó el estudio del café "El Asfalto", aunque lo dejó su cita a las nueve. Solo la sustitución de la imagen gráfica de su Dúlcinea por otra caricata joven lo acordó programado en su casa en interminables noches de melancolía, olvidando el café y el estudio.

Por la ausencia de sus fotografías, un mal día de febrero, José Fernández miró siendo para muchos en su pueblo solo "pepe" y "Carmen", el barbero del pueblo, en un momento de su vida, ya que él era un chico que se había ido a estudiar a Madrid, pero que había vuelto a su pueblo para ayudar a su padre en su negocio.

Se que no es a mí a quien se refiere, pero me gusta imaginar que es cierto... y así me voy robándola, ni siquiera los que de mí se burlan. Pero no me da pena mostrarles su error, ya lo decía don Miguel: "El querer zafar las lenguas de los maledicentes lo mismo que querer poner piedras al campo".

No tardará mucho María en distanciar sus cartas con excusas de trabajo hasta llegar el día en que olvide a este barrendero. Será para mí triste, pero "no se hicieron las tristezas para las bestias, sino para los hombres". Entonces, sólo me quedará aferrarme a la vieja sentencia cervantina: "No hay recuerdo que el tiempo no barre ni pena que la muerte no acabe".

Corrí a la robótica y, haciendo ver que se había llegado demasiado lejos con la inhumana broma, obligué a poner en práctica el plan que el mismo Pepe nos ofreció como salida. Mis enfrentamientos con el boticario y sus secuaces, entre los que se contaban el cabo y el alcalde, aunque se resolvieron de manera favorable a mis propósitos, me impidieron seguir en la escuela de Sanzgal una vez terminado el curso.

Por sus cartas supe que "María"; pero a poco, dejó de escribir,

